

LOS VIOLENTOS

UNA HISTORIA DE LAVAPIÉS



PRÓLOGO POR MARIO CRESPO

No suelo leer los prólogos de los libros. Al menos en las obras de ficción. A menudo los interpreto como epílogos, y me pongo con ellos nada más finalizar la novela. Aunque, a decir verdad, cuando son demasiado extensos, los obvio y me los salto.

Si detallo mi experiencia con las introducciones, es, sobre todo, para reafirmar la importancia de esta. Y no precisamente debido a su autoría, sino a la gravedad de la novela a la que antecede, pues *Los violentos* es una obra que exige ser buceada, explorada como si fuera una cueva y el lector un espeleólogo. Debido a ello, el autor deseaba un prefacio que sirviera de somera explicación a un texto que contiene, si el lector es avezado y está atento a los detalles, una profundidad que puede pasar desapercibida bajo la velocidad de la trama.

José Ángel Barrueco retorna a su vecindario, Lavapiés, tras su *Vivir y morir en Lavapiés* (2011), para construir, con su realismo sobrio y su prosa con reminiscencias de Miguel Delibes y Tomás Sánchez Santiago, un retrato social de uno de los barrios más multiculturales de España. Aunque en esta ocasión, en vez de una crónica fragmentaria, el autor construye, con precisión de cirujano, una ficción que parte de un simple incidente: un choque de hombros cualquiera, un episodio accidental que se produce a diario en infinidad de lugares, quizá de forma simultánea, y que no

suele tener consecuencias. En muchos casos se piden disculpas. A veces incluso mutuas. Y ahí se acaba la historia. Aunque también uno se puede cruzar con la persona equivocada, con el matón, con el macarra, con el abusón de la clase. En esas ocasiones lo más inteligente es seguir adelante sin dar pie a que se inicie una discusión. Poca gente está dispuesta a pelear por semejante minucia. Pero ¿qué ocurre cuando dos personas en similares circunstancias de exclusión social se chocan, literalmente, en la calle?

En *Los violentos* una colisión como esta desata una espiral de violencia a la que contribuyen también factores como el calor del verano, el miedo a lo desconocido y una huelga de basura que desemboca en una epidemia. Para construir este ambiente ballardiano, el autor recrea un Madrid apocalíptico, que, más que una distopía, resulta una mera exageración de la realidad, puesto que no solo es posible que algo así pueda ocurrir, sino que sucesos similares ya se han producido en la historia reciente (de hecho, la huelga de basura que tuvo lugar en Madrid en el año 2013 inspiró la composición de esta obra).

La forma en que la novela está narrada la hace parecer por momentos un relato largo, con su ritmo de sucesos y su trama veloz. Sin embargo, el autor zamorano es capaz de desarrollar, dentro de este espacio, unos personajes que dejan huella tras la lectura; seres marginales, víctimas de la violencia del sistema, y transmisores de esta. Gente que se juega mucho cada día a pesar de no tener nada que perder.

Por otro lado, la obra, escrita en 2017, preconiza una epidemia causada por un virus. Barrueco se convierte de este modo en un autor visionario que anticipa algunos de los grandes males y peligros de la sociedad actual, como las pandemias. Y lo hace desde una observación minuciosa que mezcla instinto y vivencias personales con una excelente técnica narrativa.

Los violentos es una novela que aborda el interior del ser humano, sus peores pulsiones, el odio enquistado en la sociedad como un virus. Cada detalle es una referencia, una metáfora, un símbolo. Una obra que establece analogías constantes entre los hombres y las plagas, entre la sociedad y la basura; un paisaje urbano desolador que actúa como un tatuaje, pues sirve para tenerlo siempre presente. Se trata, en definitiva, de un texto que retrata lo abstracto de la violencia. Y solo los buenos autores son capaces de materializar lo intangible representándolo por medio de su ausencia.

a mis hijos:
David y Martín

«Una vez perturbado el orden, el caos era inevitable.
Se había producido la brecha por la que irrumpía
lo imprevisto, esparciendo el miedo»
Hermann Ungar, *Los mutilados*

«Y pensé: da igual quién eres o qué haces,
la vida es una guerra»
William T. Vollmann, *El Atlas*

«La mayoría de las personas
no se dan cuenta de lo violentas que son.
O de lo valientes que son cuando están acorraladas»
J. G. Ballard, *Bienvenidos a Metro-Centre*

INTRO

00

Este relato de crueldades y pestilencias sucede en Madrid, en aquellos días de agosto en que se repitieron los patrones de la huelga de limpieza de noviembre de 2013, con la ciudad convertida en zona bélica de tensiones callejeras y marejada de hedores y putrefacción.

En sórdidas noches de verano que ya no eran apacibles, en mañanas perdidas y borrosas donde los vagabundos se despertaban entre desperdicios y las ratas convertían cada minuto en un festín, donde a los trabajadores se les pegaban en las suelas de sus zapatos los restos pegajosos de alimentos en mal estado, ricos en moho y en gusanos, donde los padres y las madres se alteraban al pasar con los cochecitos de bebé por las aceras en las que se amontonaban las bolsas reventadas, las cajas de fruta podrida de los supermercados, las latas de refrescos maltrechas por el óxido y los golpes, los váteres ruinosos que arrojaban los vecinos de La Latina y de Lavapiés y de Embajadores y que no recogía nadie, los colchones mustios y agujereados por quemaduras de cigarrillo que aprovechaban los borrachos ocasionales para tumbarse durante un rato, allá entre montañas de detritus y de manantiales de infecciones y enfermedades.

El escenario perfecto para que surgiesen las pendencies urbanas, las riñas ocasionales, los bofetones secos y los puñetazos servidos en la bandeja de una excusa cualquiera. El calor conseguía que, en los termómetros, las temperaturas rondaran los 40°: el sol y el bochorno recalentaron las basuras y reblandecieron la comida percedera y atrajeron a los insectos, a los roedores y a los buscones de despojos. En las aceras y junto a los contenedores desbordados se apilaban las colinas y los valles y los montículos de escoria y residuos, como si la calle fuera un paisaje apocalíptico

nacido de una novela de J.G. Ballard. Los restos se desperdigaban más allá de las orillas, invadiendo la calzada, dispersándose por el acceso a los portales y los dominios de los tenderos, que trataban de empujar cada mañana con sus cepillos aquella carga intolerable de moscas, papeles, mierda, botellas y frutas rancias.

LA BASURA

01

En ese ambiente de batalla, casi idéntico al de cualquier vertedero de las afueras, cruzaron sus caminos dos hombres y sus respectivas familias: Izan Arroyo, de unos treinta años, y Tranquilino Peón, que frisaba la cincuentena. Un choque entre los valores de la clase media-baja del presente y los de la miseria del pasado. Ambos vivían en la calle de San Cosme y San Damián, barrio de Lavapiés. Entonces ignoraban su vecindad. Los Arroyo eran inquilinos recientes de la zona. El cruce de rutas se produjo en la vía paralela, en la calle de Salitre o del Salitre (el odónimo es distinto en cada placa, lo que indica la desidia o la negligencia de los encargados municipales de urbanismo), no muy lejos del Chinaski e Il Morto Che Parla, dos de las cantinas del distrito.

Resulta difícil caminar por las aceras estrechas de estas vías empinadas. Hay que eludir los retrovisores de los coches aparcados, los camiones de reparto de bebidas que se suben al bordillo, los muebles con desperfectos que arrojan los ciudadanos, las bostas y las micciones de los perros y, dependiendo del lugar, los bolardos. A veces hay que sortear cómodas, inodoros e incluso frigoríficos y bañeras.

La tarde en la que se encontraron, la huelga de limpieza estaba a punto de entrar en su tercera semana. Moverse por Salitre, angosta y con uno de sus laterales siempre invadido por los coches aparcados en línea, no resultaba tarea sencilla. En la margen derecha según se sube, donde los vehículos estacionaban, se había configurado una especie de río de bolsas de basura con algunos cortafuegos dispersos: se veían claros, zonas diminutas despejadas de desperdicios porque los vecinos, al franquear sus portales, pateaban las botellas, los envases rotos y los periódicos arrugados. La peña de paso también depositaba sus orines y sus heces en estos espacios.

Esa acera rebosaba de tapones de bazofia, así que los vecinos y los hosteleros empezaron a poner sus despojos en la orilla de enfrente, dando pie a discusiones imposibles con los habitantes de ese lado, donde estaba prohibido aparcar y, por tanto, había más huecos disponibles. Cuando se trata de porquería y rebañaduras, las personas suelen aparcar el civismo y la responsabilidad. Los residuos se iban amontonando en mitad de la calzada, donde los conductores pasaban por encima con sus vehículos, ya sin miramientos, y los neumáticos reventaban las cajas de cartón y los recipientes de zumo y de leche.

Esto sucedió un viernes por la tarde, en torno a las nueve, cerniéndose el crepúsculo sobre la ciudad. Jornada de bochorno insoportable, de nubes de hedor, de atmósfera cuajada de tensiones. Al ser agosto, muchos habitantes de Madrid se habían ido de vacaciones y en los pocos bares abiertos escaseaban los parroquianos.

Fuera como fuese, la gente, si no estaba trabajando, quería embriagarse.

Izan Arroyo, catadura de jincho sin serlo, bajaba solitario y con apremio por la margen sin vehículos de Salitre. Había concluido su turno de mozo de carga y descarga en una empresa de reparto, empleo que le reportaba en torno a mil doscientos pavos al mes, un sueldo escaso para vivir en el centro de Madrid. Antes de regresar a casa había hecho unos recados y volvía con urgencia por dos motivos de peso: se acababa de meter una raya de speed por cada túnel nasal y a su vejiga le urgía descargar un litro de orina (cálculo orientativo). Avanzaba pisando mondas de naranja y de plátano, temiendo resbalarse, sorteando colchones y botes de plástico. ¡Su puta madre, que me mato!

Llevaba una gorra calada hasta las cejas, en plan *redneck* ibérico, lo que no impedía que el sudor descendiese en pequeños chorros y regueros por sus sienes y se le juntara con las rodela de la camiseta, empapada por culpa del severo calor de aquel día infernal. En el frontispicio de la prenda negra con visera se veía impreso *Stranger Things* en letras rojas. De Izan contaban que, a pesar de ser un hortera con hechuras de *chav*, a veces tenía buen gusto. Igual lo uno no está reñido con lo otro, vaya usted a saber.

Tranquilino Peón, pelaje de trapero mustio y origen español, caminaba por la misma acera en dirección contraria. Un observador de las conductas cívicas sostendría que no iba por su derecha, sino por su izquierda, y por lo tanto era proclive a recibir una mala contestación o a darse de bruces con otro transeúnte. ¡A mí me la pela lo que diga el prójimo, oiga!

Junto a Tranquilino marchaba Néstor Ferragut: viejo y rijoso cubano alcohólico, de frondosa barba pródiga en costras y pelo tan desgredado y traje tan sucio que algunos lo confundían con El Chivo de *Amores perros*. Néstor era mulato de melena encanecida y sonrisa de diablo cojuelo. «¡No te rías, que te mato!», acostumbraba a proferir si intuía burla en el trato.

Unos metros atrás, entreteniéndose con los tesoros que encontraba entre las inmundicias, iba el hijo del primero: Rubén Darío Peón, de unos nueve años. Feliz en su jaula de ingenuidad.

Los hombres no caminan por las ciudades con la pericia militar de las hormigas: el ser humano choca, atropella a otros y a veces se enzarza en escaramuzas porque no siempre pide disculpas. ¡Mire usted por dónde va, tarugo! Y tal.

Tranquilino, Néstor y Rubén Darío regresaban del kiosco paquistaní de la esquina entre Salitre y La Fe tras comprar un par de litronas San Miguel para que los adultos pudieran refrescarse el gznate y satisfacer las exigencias del alcoholismo. Quien vive del

morapio y la cerveza y otros licores no debe negar su sed porque entonces se seca por dentro y de ahí, amigo, vienen los sudores fríos y el apocalipsis mental.

Antes de volver a su guarida, donde tenían planeado bebérselas para evitar a los gorriones de la Plaza de Lavapiés, a Tranquilino se le ocurrió subir primero por Salitre hasta la calle de Santa Isabel, caminar unos pocos metros y luego coger San Cosme y San Damián a la derecha y hacia abajo, al domicilio de padre e hijo. Trataba de encontrar calderilla entre las basuras porque la gente, cuando se le caía al suelo alguna moneda, optaba por no agacharse a rebuscarla entre los restos, por escrúpulos y repulsión. «Pero nosotros no tenemos escrúpulos», decía él.

El señor Peón no gozaba de los beneficios económicos de un sueldo base mensual. La recolecta de trapajos y material usado para reventa contiene unas oscilaciones monetarias que a veces se gana mucho y casi siempre nada. Esa inestabilidad, es obvio, garantizaba sobresaltos anímicos, habitual mala hostia y cierta angustia asfixiante. En otras palabras: quien no es capaz de confirmar las lentejas del mañana, es proclive a los arrebatos de furia y amargura. Si eres de clase menos baja puedes caer en la depresión, quizá porque tus expectativas no alcanzan las de tus amigos y miembros del mismo nivel social.

Néstor Ferragut bebía más que nadie en el barrio y probablemente en toda la ciudad. Dueño de cogorzas legendarias, a esas horas ya iba haciendo eses por la calle, y en aquel momento no imaginaba cómo el destino le iba a coger por el gañote en la denominada Chozita Okupa próxima al Rastro. Aún nos falta mucho para llegar a ese punto. No nos precipitemos.

A un situacionista le hubiera fascinado marcar sobre un mapa su trayectoria errabunda y serpenteante, similar a la de una mosca atrapada en un tarro de cristal.

Le costaba enfocar al personal. Discernir a la gente era una proeza, y además disponía de unas gafas de miope con una graduación pretérita, anteojos que apenas usaba, salvo si se sentía fresco y con una resaca menos atroz de lo ordinario. Néstor no tenía dinero para ir a la óptica, graduarse la vista rica en dioptrías y comprar cristales nuevos. Cuando iba muy bebido, al borde del colapso etílico, se dedicaba a insultar por la calle: insultaba al aire, a los espacios vacíos, a los amigos y a los enemigos, a los vecinos que se asomaban a los balcones y a las señoras que hacían guardia en los portales para prender algún cotilleo, a los turistas y a los desconocidos.

—¡Me cago en todo, copón!

—Diga usted que sí.

—Pues no.

Néstor insultaba al mundo entero con rabia, con energía, con desesperación.

Insultaba con el furor de quien emplea las palabras como cuchillos.

Izan, no tan acostumbrado a las basuras, descendía con cautela y disgusto, llenándose las deportivas de salpicaduras de tomate frito con sombrero de moho, escamas de pescado maloliente y granos de arroz de tono verdoso. Bajaba deprisa, a paso ligero, casi a la carrera. Es decir, como un ser humano empujado por una necesidad fisiológica de urgencia. ¡Que me meo, tía!

Peón y Ferragut subían con parsimonia, uno de ellos oteando las bolsas destripadas y el otro riéndose por nada en especial, tratando de enfocar a su alrededor sin éxito. El niño iba casi en cuclillas, surtiéndose las piernas de manchas y lamparones. Izan levantó la cabeza para vislumbrar en el último segundo el bigotazo de Tran-

quilino y no hubo tiempo de florituras corporales ni de frenazos, y el hombro izquierdo de Arroyo chocó con el hombro izquierdo de Peón, y durante un par de segundos los cuerpos rotaron, la física hizo su trabajo, la psicomotricidad cumplió su cometido y ambos se miraron a los ojos el tiempo suficiente para calibrarse y proseguir el recorrido, al menos el más joven, porque el otro se quedó atónito.

Izan siguió en movimiento.

Peón se detuvo en seco. Casi se le cae la litrona con el choque: imperdonable.

—¡Cuidao, que voy! —gritó Izan.

—¡Cagoenlaputa! ¡Ve por otro lado, gilipollas! —interpeló Tranquilino, la voz ronca de vino malo, noches de embriaguez e intemperie y gritos en trifulcas de beodos.

Izan también detuvo su marcha y giró el cuello. Dijo:

—¿De qué vas, verbenas?

—¿No hay calle pa' pasar, que me tienes que empujar a mí? ¡Pringao!

—¡Aquí el único que ha empujado a alguien eres tú, tío viejo! ¡Yo solo quiero irme a mi puta casa!

Tranquilino alzó el brazo derecho para apuntarle con un dedo sucio de uñas como conchas de mejillón. Los músculos del brazo izquierdo, en cuya mano sujetaba la litrona, se le tensaron. Se veía ahí la rabia de siglos, la pobreza de años.

—¡Pues lárgate a tu puta casa, chaval! ¡Y que te aproveche!

—¿Qué dices? —Izan atajó el espacio entre ambos avanzando un par de pasos.

Aquí intervinieron el orgullo macho, el afán de mantener la meada donde el otro pudiera ver que no te puede comer terreno, que tu zona de marcaje varonil es tuya y que nadie te va a arredrar.

Tranquilino le puso la mano diestra en el pecho para que no se le acercara.

—¡Que te vayas pa' casa, pirao! ¡Que te esfumes! ¡Aire!

—¡Yo voy a hacer lo que me salga de los cojones!

—¿Quieres que te mande caliente pal sobre, giñao?

En ese instante de duda que media entre el deshonor y la violencia, cuando los dos adversarios se calibraban inmersos en sus respectivas nebulosas de droga y alcohol y calor y perfume de vertedero, cuando cavilaban si había que soltar puños o no, ocurrieron dos cosas que adjudicaron un fin a la pendencia.

En primer lugar, Néstor metió su cabeza entre los oponentes mirando al joven con desafío, con malas pulgas, su risa de bufón y su sonrisa de calavera trocadas por el anuncio de una tormenta de insultos y el ceño fruncido, y abrió su boca, en la que solo se discernían dos o tres dientes a salvo de las bacterias cariogénicas, para proferir:

—¿Qué te pasa a ti? ¡Payacho! ¡Maricón! ¡Hijueputa!

En segundo lugar, Rubén Darío, hasta entonces dedicado a la búsqueda de tesoros, se aproximó a ver qué pasaba, metiendo su cabeza por el otro flanco, con la boca entreabierto de un bebé.

Y a la amenaza de los insultos, y a la constatación de la superioridad numérica de sus contendientes, y a la actitud de intensa violencia de aquel cubano briago, Izan añadió el rostro del chaval, del niño, y le dio tiempo a entender, con un rápido vistazo, que padecía algún tipo de tara o minusvalía mental: una cicatriz le partía el bello superior, dejándole un labio leporino reseco que el muchacho se humedecía a menudo con la lengua, y unos ojos muy separados, como si fuera un extraterrestre del cine, y unas dimensiones craneales más excesivas de lo normal y, en definitiva, una cara que estimulaba la pena y que Izan no fue capaz de expresar: no era Síndrome de Down, pero tampoco el autismo de *Rain Man* ni el gesto distraído de *Forrest Gump*. Guardaba más similitudes con Sloth: heridas faciales, gestos surrealistas, muecas involun-

tarias. Había visto en casa esas películas, aunque no le gustaba mucho el cine. ¡Mi madre, esta cara da como canguelo!

Transcurrieron dos segundos entre el último improperio de Néstor y la mirada al muchacho, que le embargó de piedad aunque este no era un término con el que Arroyo estuviese familiarizado.

Y, con un visaje de rabia contenida, apretando los labios, y también un poco temeroso, Izan se dio la vuelta y continuó calle abajo.

—¡Lárgate, capullo! ¡Maricón! ¡Payacho!

Al escuchar los agravios del cubano de las barbas, el joven se giró de nuevo.

—¡Espera ahí, negro de mierda, que subo a casa y bajo con mis colegas y a ti y a tu amigo te inflamamos a hostias!

—¡Que te largues, gilipollas! —intervino Peón—. ¡Inútil! ¡Piérdete!

Izan estuvo a punto de volver sobre sus pasos, pero casi tropieza con una caja por no mirar al suelo, y ese desliz convirtió su movimiento en una especie de danza ridícula, de una comicidad involuntaria, y decidió irse de una vez. El orgullo herido no iba a cicatrizar. Que te insulten unos borrachos viejos que apenas ganan lo suficiente para garantizarse los tragos diarios le pareció el colmo de la falta de respeto. No lo iba a olvidar.

—Os vais a enterar, hijos de perra... —fue mascullando desde que torció la esquina del Morto Che Parla hasta que llegó a su portal.

Si hubiera sabido hacia dónde iba a conducirle este tropiezo (peleas, infección vírica, pérdidas) en lo sucesivo, tal vez no hubiese centrado su ojeriza en aquel perturbado y su compadre. Los hubiese olvidado al punto. ¿O quizá no?

Uno no necesita más problemas en su vida.

Atrás, en la lejanía, se escuchaban aún las imprecaciones de Ferragut:

—¡Hijueputa! ¡Maricón de merda!

Rubén Darío se colocó frente a su progenitor, aún tratando de comprender.

—¿Qué pasa, papá?

Tranquilino miraba hacia la esquina por la que había desaparecido el chaval de la gorrita y el cogote rasurado. Miraba con odio, con desprecio, con ferocidad.

—Nada, un gilipollas... Pero le llegará su hora, descuida.

Que un flauta con gorrilla y cara de bobo se creyera superior a ellos le aventó las malas pulgas. Por menos de aquello Peón había partido caras, inflamado labios, roto napias. A un hombre hecho y derecho no se le puede desafiar así como así, y menos delante de su primogénito. Esto no iba a quedar así.

Néstor, tambaleándose y esgrimiendo litrona, también examinaba la esquina como si aquel tarugo fuese a reaparecer, dando voces aún:

—¡Maricón! ¡Maricones! ¡Cabrón de merda! ¡Ven acá, te voy a enseñar!

—¡Vámonos, tú! Déjalo, joder. Seguro que vive por el barrio.

Retomaron la marcha. Excursión de bebedores hediondos.

En uno de los portales asomaba una vecina con vestido de flores moradas y pantuflas de tono rosa. Salió para arrojar su bolsa de basura sobre las montañas.

—Qué vergüenza de calle y de distrito... ¡Y de ciudad! ¿Dónde vamos a ir a parar, Señor Mío? ¿Dónde vamos a ir a parar? ¡Nos van a comer hasta las ratas!

A su alrededor se había creado un paisaje propio de pintor surrealista: a algunos se les antojaba bello visto de lejos... Porque, a cierta distancia, se discernía una paleta de colores vivos: azules, verdes, rojos, amarillos. Los tonos de las bolsas de los supermer-

cados y de los ultramarinos, las cajas de zapatos de las boutiques, los envases de *fast food* y las latas de conservas comidas por la herrumbre.

Las papeleras de Plastic Omnium, de cuerpo de polietileno y ceniceros de acero inoxidable, de color «Gris Madrid» (GD), habían alcanzado el límite de su capacidad de almacenaje de residuos. Semejaban bocas rectangulares de las que surgían, en apreturas imposibles y fricciones de Tetris, botellas de plástico de Coca-Cola, botes aplastados de Mahou, paquetes de tabaco, tarrinas con restos de helado, sobres vacíos de Correos, colillas de cigarro y de puro, folletos de propaganda y pellejos de plátano. Lo que no cabía se iba amontonando a los pies de cada papelera, formando otro pequeño valle de inmundicias. Paraíso de moscas y demás parásitos.

Los contenedores de vidrio, de cartón y de ropa sufrieron la misma suerte: carecían de volumen para albergar más restos y varios de ellos estaban rotos por la rabia de los ciudadanos, y uno o dos se veían quemados y hubieran ardido hasta las cenizas si los bomberos no se hubiesen presentado a tiempo para apagar las llamas. El ciudadano enfurecido, no sabemos por qué, desemboca sus iras en el mobiliario municipal. En ese momento de cólera parece que se la sopla el destino de sus impuestos.

—¡Voy a reventar este banco!

—¿Por qué?

—Porque me da la gana.

—¡Voy a destripar esa papelera!

—¿Por qué?

—Porque yo soy así.

Durante cada fin de semana, como el acceso a los cajeros interiores permanecía cerrado para evitar la presencia y la pernocta de borrachos y de vagabundos, las cajas y las basuras se acumulaban en las puertas, creando un pico de porquerías que llegaba hasta la

frente de un hombre de talla normal. Los lunes, muy temprano, se presentaban las mujeres de la limpieza y tenían que quitar con sus propias manos aquellas barreras de bascosidades para acceder a sus puestos de trabajo en las sucursales bancarias.

Los mendigos, con tantos muebles, ropas y alimentos a la intemperie, contaban con más posibilidades para surtirse de comida e indumentaria. Alguno incluso aprovechó los retretes arrojados en las aceras para defecar allí, aumentando cada noche el nivel de excrementos del fondo. Otros excretaban, ya lo hemos señalado, en los huecos disponibles que se encontraran al paso.

Las ratas se convirtieron en las reinas de este festival de detritus.

Sus dominios no consistían solo en las inmediaciones de los contenedores y las proximidades de las alcantarillas: ahora mero-deaban por la ciudad sin recato, sin prisas, sin disimulo. Salían a la luz para alimentarse y bastaba con propinar una patada a un montoncito de desperdicios de la Gran Vía para que surgieran diez o doce roedores.

—Esto es un espanto. Nos haría falta aquí el puto Flautista de Hambrelín.

—Hamelín.

—¡Eso!

Varios hombres de cada distrito formaron una partida voluntaria de Cazadores de Ratas porque así lo hacen en la India, solo que los hindúes no toman precauciones, no utilizan guantes ni zapatos para protegerse y caminan entre los vertederos con los pies calzados con sandalias y las matan con una red y con las manos desnudas. Los hindúes se lanzan a por ellas como si fueran apaches emboscando a una caravana de señoritas.

En Madrid, estos *rat hunters* preferían pertrecharse de botas katiuskas, pese al calor de agosto, y de guantes de cuero y palos de escoba con las puntas afiladas como estacas de Abraham Van

Helsing. Manejaban esos pequeños arpones para atravesarlas y reducir así la población de roedores vistos en la superficie.

—Si no detenemos la invasión, esto va a parecer *La peste* de Camus —dijo uno, hombre de lecturas y estudios en su biografía y, por tanto, culto y cauto.

El tránsito peatonal era imposible, especialmente en barrios más degradados como Vallecas o Lavapiés. Padres y madres empujaban sus carros con bebés sudando tinta para trasladarse del punto A al punto B. A menudo les tocaba salir a la calzada o levantar el cochecito a pulso por encima de las colinas de basura, teniendo cuidado para mantenerse en un equilibrio circense y no dejar caer a sus bebés. ¡Al final nos partiremos la crisma, Emilio!

Más dificultosa se veía la tarea de los mutilados: los que utilizaban muletas, los que se movían en sillas de ruedas, los tuertos y los ciegos... A veces se quedaban aislados en un punto, igual que ballenas varadas en un dique seco.

Se pretendía evitar que los niños se movieran por el exterior para ahorrarse posibles infecciones, y eso solo se lograba con chiquillos porque los adolescentes se habían negado a quedarse en casa durante el verano y aprovechaban el aspecto de vertedero gigante y urbano de Madrid para divertirse a su manera.

—¡Hijo, no salgas, que está todo muy sucio!

—Me la pela.

Los propietarios de los perros de Lavapiés, pocos de los cuales solían recoger las deyecciones de sus mascotas, dejaron de recolectar sus mojones, que se iban juntando y esparciendo con las brozas en una especie de orgía de sangre, mierda y basura.

El olor a boñiga se convirtió en un efluvio habitual.

Los ánimos estaban cada vez más encendidos.

Los habitantes no soportaban la suma de bochorno, hedores, anomalías del paisaje y altercados callejeros. En las manifesta-

ciones se habían vuelto a quemar uniformes de la limpieza, contenedores de tapa naranja, periódicos y otros materiales inflamables que formaban enormes hogueras nocturnas cuyos rescoldos atufaron las calles de una nevada de ceniza que los borrachos observaban como si fuera confeti.

Se cernía sobre los trabajadores de la limpieza y de la jardinería la amenaza de un despido sin precedentes, aún peor que el de noviembre de 2013, en el que una de las consignas, proferida por un empleado, fue esta:

—Si nos despiden, arderá Madrid.

«La simple visión de los fragmentos de basura
y desperdicios atrapados nos transportaba a un
mundo de prehistoria moderna»

—Robert Smithson—